

Sabrina (Audrey Hepburn)

Sabrina (Dir. Billy Wilder)



"Una mujer afortunada en amores quema el soufflé; pero una mujer desafortunada en amores, se olvida de encender el horno. Lo adivino, ¿verdad?". El sabio gourmet había acertado en el diagnóstico. Sabrina se encontraba en París, tratando de lidiar su desamor, tratando de "curar" su desengaño. Su profesor de cocina, de nuevo, acierta *aliñarle* la respuesta: "**¿Por qué ha de procurar curarse? Habla usted del amor como si hablase de un catarro**".

Al cabo del tiempo, mientras va transcurriendo su estancia parisina, Sabrina aprende mucho más que los secretos de la cocina francesa. Además de preparar "crepps y cabeza a la vinagreta", ha comenzado a *guisar* la más compleja de las *recetas*: "**He aprendido a vivir. A tomar parte activa en la lucha por la existencia y a no quedarme apartada contemplando cómo viven los demás. Ya**

nunca, nunca, volveré a darme por vencida ni huiré del amor".

La hija del chófer, después, regresa a casa. Allí reencuentra a Linus (Humphrey Bogart), quien encarna al ejecutivo responsable y meticuloso, carente de vida privada y volcado permanentemente en su trabajo. Representa al que teniéndolo todo, se da cuenta -un buen día- de no tener lo necesario. Linus sería eso que suelen decir: un *profesional de prestigio*, un *exitoso hombre de negocios*, un *triunfador de la vida*. Etiquetas, al fin y al cabo, ausentes de todo sentido, cuando son colocadas desde el exterior, sin preguntar qué piensa -en sus adentros- aquél a quien se le asignan.

Será Sabrina -tras su experiencia- quien le recomiende París para su "cura". Linus ya había estado allí "35 minutos", el tiempo justo para realizar un trasbordo y continuar uno de sus viajes de negocios. Sabrina vuelve a replicar, haciéndole abrir los ojos, o logrando -más bien- abrirle armaduras, caparazones, murallas... corazón: "**París no es sólo para hacer trasbordo; es para despertar ilusiones; para dejar todas las ventanas abiertas... y que entre la vie en rose**".

Con Sabrina al lado -si se me permite- cualquier lugar sería vacuna, cualquier instante sería terapia. Sin embargo, no hace falta que sea París, no hace falta que sea Audrey Hepburn. El prodigio de los lugares -todos encierran el suyo- aguarda siempre en la compañía; la magia de todo momento -todos esconden la suya- reside siempre en saberlo compartir. Busque cada cuál su Sabrina; no renuncien jamás a París. O.S.A.